

cerca de sí; el Arzobispo que á Autun, para que estuviere mas á la vista de los bienes de sus hijos. Pero la santa viuda fué de dictamen, que á Annecy. Dió para ello dos razones; la una, que en los principios de una nueva fundacion no podia menos de suceder que se necesitase muchas veces de las luces y consejos de la fundadora; la otra, que estando cerca de Torens, podria ser mas útil á su hija recién casada, que podria verla mas á menudo, y dirigirla en el arreglo de sus negocios, y aun en el de su familia. El santo Obispo apoyó estas dos razones, el Arzobispo las halló plausibles, y el presidente consintió al fin, exclamando con un gran suspiro: *bien veo que es preciso hacer el sacrificio entero: me costará la vida; pero, Dios mio, no me toca oponerme á vuestra voluntad.* Se arregló en seguida la marcha de la señora para Annecy, y se fijó para dentro de seis semanas.

Habiéndolo arreglado de este modo el santo Obispo, partió para su Diócesis, y la santa le acompañó hasta Montelon, que era una de sus tierras. Durante el corto tiempo que permaneció allí, le rogó que hiciese una plática á sus habitantes; concedióselo y sacó de ella tanta utilidad, que convirtió á un joven desarreglado que despues fué capuchino, y murió en aquella Religion despues de haber dado mil ejemplos de virtud.

Durante la misma permanencia, la señorita de Brechar, de una buena casa de Nivernois, que vivia en las cercanías de Montelon, fué á ver al santo Obispo, se confesó con él, y le consultó sobre el designio que habia formado hacia mucho tiempo, de hacerse religiosa. El santo tomó ocasion de esto para preguntarla, si seguiria de buena voluntad la suerte de la señora de Chantal y si queria ser una de sus compañeras. Recibió esta orden con mucha alegría, y el santo la prometió una plaza á su lado, en el nuevo establecimiento.

Por este mismo tiempo, la señorita de Faure, hija del

primer presidente de Saboya, tuvo inspiracion en un baile de abandonar el mundo: en cuanto estuvo de vuelta el santo Prelado, se puso bajo su direccion y se lo propuso: aprobó su intento y juzgó tambien que estaba aun en su mano ser una de las compañeras de la señora de Chantal. Otra señorita de Saboya llamada Chatel, que estaba entonces en Alemania, movida tambien de la gracia, resolvió ponerse á su regreso bajo la direccion del santo Obispo; hízolo asi, y aun se la juzgó digna de ayudar á la señora de Chantal á fundar el Orden de la Visitacion. La señorita Fichet del Fosigni fué tambien llamada de un modo extraordinario y fué la cuarta que Dios unió á la santa viuda. La señorita de Blosnay fué la quinta. El santo la apreciaba con particularidad. Esta fué la que sucedió á la señora de Chantal en la superioridad del primer monasterio de Annecy.

En tanto que Dios preparaba de esta suerte las personas elegidas para la ejecucion de sus designios, llegó el tiempo señalado para la marcha de la señora de Chantal. Todo estaba dispuesto para el viaje, cuando su padre le hizo presente, que aun no habia podido resolverse á separarse de ella, y que le suplicaba, que difiriese su partida hasta despues de Pascuas del año siguiente; concedióselo la santa, no creyendo que debiese negar este consuelo á un padre anciano, y que necesitaba aun todo este tiempo para resolverse á tan triste separacion.

Al tiempo señalado llegó el Baron de Torens para recoger su muger, y conducir su madre política á Annecy. No le quedaba otra cosa pendiente á la santa viuda para partir, que ser pagada de una suma considerable que debian á su difunto marido; pero como se le disputase, prefirió completársela á sus hijos, con lo demas que le debian, antes que pleitear y atrasar su partida: esta generosidad le perjudicó, y le quedó tan poca cosa de sus bienes, que no sirvieron estos de gran socorro para el

establecimiento de la Orden, de que debía ser madre. Una conducta tan desinteresada le hizo tanto mas honor, como tambien á su santo director, quanto que es muy raro, que uno se olvide de sí mismo en ocasiones tan urgentes. Pero el Orden de la Visitacion debía fundarse sobre el espíritu de desinterés, sobre un perfecto abandono á la Providencia, y por otra parte el santo no aprobaba aquellos establecimientos, que se hacen á espensas de las familias y de los legítimos herederos. Se preciaba de tener las manos limpias, y no se acomodaba con aquellas direcciones lucrativas que deshonoran á un mismo tiempo al director y á las personas dirigidas, y que siempre pegan de rechazo contra la Religion, y hacen la devocion sospechosa.

Quitados así todos los obstáculos y habiendo llegado el tiempo de su partida, fué á despedirse de su padre político el Baron de Chantal. A pesar de los malos tratamientos que habia recibido de él, se echó á sus pies y le pidió perdon de todo aquello en que pudiera haberle desagradado; le suplicó, que le diese su bendicion, y le recomendó su hijo.

Este buen anciano de edad de ochenta y seis años, y que conocia que era culpable en muchas cosas con respecto á ella, admiró su virtud, pareció inconsolable, le abrazó tiernamente, y le deseó toda la dicha que merecia. En todas sus posesiones sirvió su marcha de un gran desconsuelo; no hubo persona que no creyese perder en ella una madre, un apoyo y un recurso en todas sus necesidades. Los pobres sobre todo, creyendo perderlo todo, perdiéndola, dieron señales de su afliccion con sus lágrimas y gritos, y con todo lo que es capaz de manifestar el mas vivo dolor. Dijoles á Dios á todos, les hizo una pequeña exhortacion, abrazóles, se encomendó á sus oraciones y partió para Autun, llevando en su compañía al Baron y Baronesa de Torens, las señoritas de Chantal su hija, y la de Brechar, y el joven Chantal su

hijo de edad de catorce á quince años. En quanto á su hija tercera, habia muerto hacia poco tiempo.

Habiendo llegado á Dijon, creyó que debía proveerse del pan de los fuertes, contra los asaltos, que la ternura y compasion iban á darle en la separacion de lo que mas queria en este mundo: no era de aquellas personas que han sofocado todos los sentimientos de la naturaleza, ó que jamas los han experimentado; sabia, que la gracia se contenta con arreglarlos, sin condenarlos. Era hija, y tambien era madre; sentia hácia un padre á quien siempre habia amado exclusivamente, todo lo que puede inspirar el mas tierno reconocimiento. Tenia á sus hijos todo el amor de que es capaz una buena madre; ellos lo merecian, eran gallardos, bien nacidos, habian sido siempre educados á su vista, y habia tenido cuidado en formarlos ella misma en la virtud. Semejantes empeños no se rompen, sin hacerse una gran violencia; todo se resuelve, todo se subleva en el fondo del corazon. ¡Cuánto cuesta resolverse en tales ocasiones, y cuan difíciles son de ejecutar semejantes sacrificios!

El primer objeto, que se le presentó al entrar en casa del presidente su padre, fué su hijo único anegado en lágrimas, que fué á arrojarse á su cuello; estuvo abrazado con ella largo rato, haciendo y diciendo en este estado todo lo que puede hacerse y decirse, que sea mas capaz de enternecer. Esta virtuosa madre recibió sus caricias con su acostumbrada ternura; tuvo espíritu para consolarle, y enjugó sus lágrimas, siendo así que ella misma estaba á punto de derramarlas; pero aunque oprimida del dolor, tuvo fuerza para pasar adelante, y entrar á despedirse de su padre. Su hijo hizo nuevos esfuerzos para detenerla; y no pudiendo conseguirlo, se echó atravesado en la puerta por donde debía pasar y le dijo. *Señora, yo soy muy débil para deteneros; pero á lo menos se dirá, que habeis pasado sobre el cuerpo de vuestro hijo único para abandonarle.* Un espectá-

culo tan tierno le detuvo; sus lágrimas comprimidas hasta entonces corrieron en abundancia; pero la gracia mas fuerte, que la naturaleza venció al cabo, pasó sobre el cuerpo de aquel hijo querido, y fué á echarse á los pies de su padre, suplicóle que la bendijese, y que tuviese cuidado del hijo que le dejaba.

Por tiempo que hubiese tenido el presidente para disponerse á esta triste separacion, no habia podido aun resolverse á ella; recibió á su hija con las lágrimas en los ojos, y con el corazon tan oprimido de dolor, que estuvo á pique de morir. Abrazó á su hija, y levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas: *O Dios mio, dijo, ¿qué sacrificio es el que me exijis? Pero vos lo quereis, yo os ofrezco pues esta hija querida; recibidla y consoladme.* En seguida la bendijo, la levantó y abrazó, pero no tuvo valor para acompañarla. Salió sola de su cuarto, y halló una porcion de gentes que la esperaban; parientes, amigos y criados, todos se deshacian en lágrimas. Este fué un nuevo combate que tuvo que vencer; pero lo sostuvo con tanta firmeza, que habiéndose acordado que se le habia visto llorar, y aprendiendo que este dolor podria atribuirse, á que se arrepentia de su empresa, se volvió hácia la concurrencia, y dijo con semblante sereno: *es preciso perdonar mi debilidad: dejo á mi padre y á mi hijo para siempre; pero hallaré á Dios en todas partes.* Partió en seguida y llegó felizmente á Annecy, acompañada del santo Obispo y de las personas mas distinguidas de la ciudad que habian salido á recibirle á dos leguas de distancia; estuvo allí algunos dias para conferenciar con su santo director sobre los medios de ejecutar su empresa, lo mas pronto posible, pasados los cuales condujo á la señora de Torens á la casa de su marido, y permaneció en ella todo el tiempo que se creyó necesario, para enseñar á la nueva desposada el modo de conducirse en sus negocios y en el arreglo de su casa.

En cuanto la señora de Chantal regresó á Annecy se le presentaron las señoritas Faure y Brechar, y fueron á suplicarle que las recibiese por sus primeras religiosas. Concedióles lo que pedían sobre la declaracion del santo Prelado, que ya les habia dado su aprobacion. Estando ya dispuestas todas las cosas para el dia de Pentecostes, en el cual se habia proyectado hacer la fundacion, se vieron precisadas á retardarla. Una señora, que habia dado palabra al santo Prelado de unirse á la de Chantal, y que habia comprado la casa en que debian reunirse, se desdijo; lo grande de la empresa le asustó, y le halló superior á sus fuerzas. Consultó la prudencia humana, que habia sido poco atendida en el proyecto de que se trataba; la confianza en Dios, y el abandono á su Providencia no fueron de su gusto. Una señal de la proteccion de Dios fué el que esta señora no se comprometiese; la inconstancia de su espíritu hubiera embarazado; no se necesitaban en sus principios sino almas fuertes y purificadas, capaces en fin de resistir á las contradicciones de los hombres, sin miras particulares, sin apego al mundo, y dispuestas á emprenderlo todo por la gloria de Dios.

La señora de Chantal dió por el contrario en esta ocasion un gran ejemplo de su desprendimiento. Aunque no hubiese hecho aun voto de pobreza, y que aun no se pensase en comprender este voto entre los primeros de las hijas de la Visitacion, creyó que debia dar en sus principios una nueva prueba de su desinteres á sus allegados, y á sus religiosas un gran ejemplo de un perfecto desasimiento. Consultó sobre esto al santo Prelado, y como era el hombre mas desinteresado del mundo, aunque se encontrase sin recursos para su nuevo establecimiento, aprobó que se desprendiese de toda su hacienda y aun de su viudedad en favor de sus hijos, y que se contentase con una pension que le aseguró su hermano el Arzobispo de Bourges.

Esta accion fué casi igualmente alabada, que censurada. Las personas piadosas admiraron el desinterés de la santa viuda; pero las gentes del mundo, que se complacen en censurar lo que no tienen valor para emprender, veían una grande imprudencia en establecer una casa de religiosas sin contar con fondo alguno para ello. Convenía el santo Prelado, en que á juzgar de las cosas humanamente, habia mucha imprudencia en su empresa; pero no así en que el establecimiento del Orden de la Visitacion fuese obra de la prudencia humana. El suceso justificó su conducta, hizo ver que Dios tiene cuidado de los que se abandonan á su Providencia, y aun que sabe enriquecer en este mundo á los que lo han dejado todo por él.

Entretanto, como las dificultades animaban al santo Prelado en vez de desalentarlo, cuando se trataba de la gloria de Dios, compró la casa de que se ha hablado, y mandó hacer una capilla y todas las demas oficinas necesarias á una comunidad, y lo dispuso todo para celebrar la ceremonia de la fundacion el dia de la Santísima Trinidad.

La Vigilia de este dia tan deseado de la santa viuda y de sus dos compañeras, estuvo tentada tan fuertemente de abandonar su designio, que faltó poco, para que cediese á la tentacion. Todo el dolor de sus padres natural y político, de su hijo y parientes, y de tantos otros que necesitaban de su socorro, y á quien iba á ser inútil, se presentaba á su imaginacion, y le partía el corazón. Su misma conciencia le atormentaba, y le reprendía como la mayor de las inhumanidades, y como una conducta igualmente odiosa á Dios y á los hombres, el haber abandonado á un padre tan anciano y unos hijos tan jóvenes, que parecia que no podían pasar sin sus cuidados. Todo lo que le habia dicho el Arzobispo de Bourges para apartarla de su intento, le parecia incontestable, y creía ver su condenacion en aquel

pasaje de la sagrada Escritura, que trata de infieles, á todos los que abandonan su familia y sus hijos. En fin, durante tres horas que duró esta violenta tentacion, mas fácil de imaginarse que de describirla, nada se presentó á su espíritu que pudiese justificar el empeño que iba á contraer. En semejante abatimiento se dirigió á Dios, le representó que nada habia hecho sino para agradarle y pertenecer á él, que este era su único objeto, y que ya lo conocia, puesto que veía el fondo de los corazones. Suplicóle en seguida que le iluminara, que no permitiera que se engañase y que no arrojase de sí á un alma inocente, que no buscaba sino á él, y que se echaba enteramente en sus brazos. El padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, atendió á sus súplicas, y difundió tantas luces en su entendimiento, y tanta alegría y consuelo en su corazón, que ya no dudó de que fuese acepto á Dios el sacrificio que estaba dispuesta á ofrecerle.

Así es, como son tentados los mayores santos, y como á ejemplo de Job, permite Dios algunas veces, que el enemigo de nuestra salvacion haga unos esfuerzos contra ellos, á los que no podría resistir la humana debilidad, sino estuviese sostenida de lo alto. Nuestro orgullo tiene necesidad para domarse de semejantes pruebas; y jamas comprenderíamos bastante cuanto depende de Dios la obra de nuestra salvacion, si la propia experiencia no nos enseñase todos los dias, que no siendo casi nada en el orden de la naturaleza, somos aun menos en el de la gracia. Pero tambien es indudable, que una oracion humilde y fiel jamas es desechada, y que el socorro del cielo nunca falta á los que lo imploran con un corazón contrito y humillado. Fué pues el dia 6 de junio del año 1610, fiesta de la Santísima Trinidad y de San Claudio, cuando madama de Chantal, y las señoritas Faure y de Brechar bajo la direccion de San Francisco de Sales, dieron principio al estableci-

miento del Orden de la Visitacion; fundacion nueva, pero infinitamente útil al público, por admitirse en ella las viudas y las enfermas, por lo poco que se repara en los bienes y nacimiento para la admision de religiosas, y porque se fija únicamente la consideracion en la virtud y vocacion divina de las que se admiten.

El santo Obispo, despues de haberlas confesado y comulgado, les dió las reglas que para ellas habia compuesto, llenas de prudencia y de dulzura; y les hizo una plática sobre la fidelidad con que debian practicarlas. Les habló con encomios, del desprecio que hacian del mundo, y de la dicha que iban á tener de ser enteramente de Dios, y les prometió la paz del corazon, aquella paz, que solo Dios puede dar.

En fin, como habia creido mas útil al prójimo, dejarlas la libertad de salir para servir á los enfermos, que tenerlas encerradas, no les mandó guardar la clausura sino solamente durante el año de noviciado. No varió la forma del vestido, que llevaban en el siglo, contentóse con mandar que fuese negro, y que se guardasen en él las reglas de la mas exacta modestia. Les obligó á pocas mortificaciones corporales; no permitiéndole obrar de otro modo el fin que se habia propuesto de recibir á las personas achacosas, y de complexion delicada.

Pero en cambio, les obligó á una vida tan interior, tan desprendida de las cosas del mundo, y tan uniforme; les sometió á una disciplina tan exacta; supo ocupar su tiempo de un modo tan santo, y dió tanto al espíritu y tan poco al cuerpo, que aun hay en el dia muchas personas que hallan que su vida es mas mortificada, que la que se practica en las religiones mas austéras.

Entretanto, la dulzura y santidad de sus costumbres, la seneillez cristiana, la perfecta caridad que reina entre ellas, atrajo en poco tiempo á un género de vida tan razonable y perfecto, un gran número de san-

tas jóvenes, que aunque tenian valor para abandonar el mundo, no tenian fuerza para soportar grandes austeridades corporales. Madama de Chantal en el solo año de su noviciado recibió diez jóvenes, número considerable para una fundacion que acababa de nacer, y que apenas estaba formada.

El santo Prelado no cesaba de bendecir á Dios por los progresos de su obra, y de atraer sobre sí nuevas bendiciones, al perfeccionarla mas y mas todos los dias. Las contradicciones y contratiempos, que tuvo que sufrir en sus principios, no debilitaron sus esperanzas, y se le ha oido decir muchas veces en lo mas fuerte de las dificultades que se presentaban: *yo espero siempre, que el Dios de nuestros padres multiplicará nuestras hijas, como las estrellas del cielo, y como las arenas del mar.*

Con razon puede decirse, que no ha sido engañada su confianza, puesto que hace ya muchos años que se contaban ciento cincuenta monasterios del Orden de la Visitacion, y mas de seis mil y seiscientas religiosas que los ocupan.

Habiendo llegado el tiempo de la profesion de madama de Chantal, escribió esta al santo Prelado, que se hallaba á la sazón en Sales, para hacerle presente la santa impaciencia en que estaba de acabar su sacrificio, y de entregarse á Dios para siempre; pero esto fué de un modo tan tierno y fervoroso, que se ha creido no poder prescindir de referir su carta en los propios términos en que está escrita.

*¿Cuándo llegará pues aquel dichoso dia, Monseñor, en que yo haga á mi Dios la irrevocable ofrenda de mi misma? Su bondad me ha llenado de un deseo tan extraordinario y vehemente de lograr la gracia de ser suya, que si este deseo dura con tal violencia, me consumirá; ¿pero qué es lo que digo? yo debilito el don de Dios con mis palabras. ¡O cuan penosa es para el amor*

*esta barrera de la impotencia! Todo el mundo moriria de amor por este Dios tan amable, si yo pudiese hacerle sentir la dulzura que se encuentra, amándole.*

Puede juzgarse por estos sentimientos de madama de Chantal, siendo aun novicia, á cuan alto grado de perfeccion le elevó despues la gracia; y cuan grande dicha es amar á Dios y unirse á él esclusivamente. Asi es, que el santo Prelado se sintió tan movido con esta carta, que lo dejó todo para ir á examinarle la vocacion, como tambien á sus dos compañeras, y les dió la profesion.

Poco tiempo despues murió en Dijon el presidente Fremiot, padre de la madre Chantal. El santo Prelado, que perdía en él uno de sus mas queridos amigos, fué el que le dió tal noticia. Trastornóla esta tanto mas vivamente, quanto que no podia menos de acusarse de haber abreviado tal vez sus dias con abandonarlo. El estado en que quedaba por esta muerte el joven de Chantal su hijo, caballero de grandes esperanzas, y á quien habia dejado en casa de su padre, al abandonar el mundo, hizo juzgar al santo Prelado que no podia prescindir de hacer un viaje á Borgoña. Obedeció la santa, y partió inmediatamente, acompañada de la madre Faure, y de su yerno el Baron de Torens.

En el término de cuatro meses que duró este viaje, arregló los asuntos de su casa con una prudencia, que fué admirada de todos, nombró un ayo para su hijo, lo puso á éste en la Academia, y se volvió á Annecy.

Volvió al momento á continuar sus ejercicios de caridad y compasion hácia el prójimo con un nuevo fervor; además de las prácticas interiores y domésticas, iba todos los dias acompañada de una ó dos religiosas á visitar los enfermos, consolarlos y servirlos con un celo, que no puede ser inspirado sino por la mas ardiente caridad. Nada era capaz de entibiárla, ni las enfermedades mas asquerosas y contagiosas, ni el disgusto y mal humor de los enfermos, ni aun el continuo peligro á

que se esponia. Sus santas compañeras le ayudaban con un celo, que no cedia sino al suyo, y reinaba entre ellas una santa emulacion en cargar con los empleos mas bajos, mas penosos y mas repugnantes á la naturaleza. La madre de Chantal no parecia superiora sino en estas ocasiones; dulce y humilde en cualquiera otra, y pronta siempre á ceder, no queria vencer, sino cuando resultaba fatiga, ó se esponia á un riesgo con el vencimiento. El santo Prelado, muy lejos de animar su celo, trataba únicamente de contenerlo; pero como ella veia á Jesucristo en la persona de los pobres, creia que jamas hacia demasiado para su consuelo.

Tantos trabajos de cuerpo, y de espíritu debilitaron al fin la salud de la madre de Chantal; la naturaleza cedió al peso de unas fatigas, que hubieran agoviado á los mas robustos; cayó peligrosamente enferma, y Dios permitió, que este santo Orden que debia estar abierto para las achacosas, tuviese por fundadora una persona que por su propia esperiencia pudiese compadecerse de las dolencias de sus religiosas, y formarlas con su ejemplo en la compasion y caridad tan necesarias para el consuelo de los enfermos. Sufrió por largo espacio de tiempo unos males tan violentos y desconocidos, que muy lejos de aliviarse con los remedios, no servian estos sino para aumentarlos. El santo Prelado, que la miraba como el sosten de su Orden en los principios, nada omitió para procurarle la salud. Se llamaron los médicos mas hábiles de todas partes, pero en vez de curar su mal, apenas conocian la causa. En este estado de abandono, siendo inútiles todos los socorros humanos, y aun habiendo cesado ya en ellos, Dios que hiere y cura, que quita y vuelve la vida, cuando le place, le dió nuevamente la salud. La convalecencia fué larga; pero al fin recobró enteramente sus fuerzas.

En cuanto se vió ya enteramente restablecida, pensó en mudar de casa. El número de sus hijas se habia au-

mentado hasta el punto de no ser suficiente para tantas la primera casa, que les habia dado el santo. Todo parecia, que debia favorecer su intento, mayormente prestando al público unos servicios de tanta consideracion tanto ella, como sus compañeras. Pero sucede muchas veces por una especie de fatalidad, de la que seria bastante difícil poder dar la razon, que las empresas mas útiles son las mas contrariadas. Dios lo permite así para hacer ver, que no hay fuerza, prudencia, ni obstáculo que puedan impedir la ejecucion de sus designios.

El santo Prelado y la madre de Chantal tuvieron que sufrir en esta ocasion la oposicion del público y de los particulares; el mismo Príncipe les fué contrario, todo el mundo se sublevó contra ellos; y como escribe él mismo á uno de sus amigos, tuvieron que sufrir los mas crueles improperios. La paciencia y prudencia del santo superaron todos los obstáculos, y tuvo al fin la satisfaccion de ver empezar y concluir el primer monasterio de Annecy.

La reputacion de las religiosas de la Visitacion empezó á estenderse desde entonces por todas partes; la alta opinion, que se tenia de la santidad y luces del fundador, de la fundadora, y de las religiosas formadas por sus manos, hacia que las pidiesen á porfia las ciudades, para edificarles casas. No era posible en los principios satisfacer á tantas peticiones; hubiera sido arruinar lo interior, ó á lo menos debilitarlo estraordinariamente el estenderse por fuera al principio. *Demos de nuestra abundancia*, decia el santo con este motivo, *y cuidemos de que no se agote la fuente, dividiéndola así en tantos arroyos, antes que haya tenido tiempo de llenarse bien.*

Sin embargo, no pudo negarse al Cardenal de Marquemont, Arzobispo de Lion, Prelado de un gran mérito, é íntimo amigo suyo. Deseó éste tener en aque-

lla ciudad una casa de la Visitacion, se lo escribió al santo Prelado, y se lo pidió con tales instancias, que no pudo menos de concedérselo. El Cardenal envió al momento un coche con uno de sus capellanes para acompañar á la madre de Chantal. Partió esta de Annecy el 25 de enero del año de 1615, á pesar del frio, y de lo débil de su salud, acompañada de las madres, Faure, de Chatel y de Blonay, y llegó á Lion el 4.º de febrero vispera de la Purificacion. Fueron á apearse en la casa, que madama de Auxerre su fundadora les habia hecho preparar en Bellecourt, en donde esta señora las recibió con una alegría proporcionada al deseo que tenia de verlas.

El Cardenal fué aquel mismo dia á ver á la madre de Chantal; despues de haberle dado mil muestras del aprecio y estimacion en que le tenia, tomó hora para hacer al otro dia la ceremonia de la fundacion, y la hizo con toda la solemnidad posible. Madama de Auxerre entró en el noviciado aquel mismo dia. Tenia esta señora muchos bienes, pero sus parientes descontentos con que se hubiese retirado del mundo, se los hicieron embargar, y trataron de disputárselos. Recurrió á la proteccion del Cardenal; pero esto no impidió que el nuevo establecimiento tuviese mucho que sufrir al principio. Sirvióle de mucho la prudencia de la madre de Chantal; finalmente ella lo apaciguó todo, pero no fué sino despues de haber sufrido todo género de incomodidades con una paciencia y dulzura, que sirvieron de grande ejemplo á siete religiosas jóvenes, que habia recibido. Nueve meses se pasaron de esta suerte, al cabo de los cuales nombró por superiora á la madre Faure, y á la madre Blonay por asistente y maestra de novicias, y se volvió á Annecy.

Hasta aquí no habia tenido el Orden de la Visitacion la forma que tiene en el dia; no se hacian sino votos simples; el vestido no se diferenciaba del de las seño-

ras del siglo, sino en ser mas modesto; no se guardaba la clausura; y aun lo interior no estaba enteramente arreglado, como lo está en el dia; en una palabra, aun no tenia el titulo de religion, sino el de simple congregacion.

El Cardenal de Marquemont, aunque apreciaba mucho á sus fundadores, fué el primero que creyó, que era preciso variar alguna cosa en la primera forma del Instituto; aprendió, que despues de la muerte de los fundadores, podria decaer de su primitivo fervor; que la libertad, que tenian las religiosas de salir, era capaz de introducir la licencia y el desorden, y que los votos simples no serian tal vez unos lazos bastante fuertes para detener la inconstancia humana. Sobre esto escribió al santo Prelado, y á la madre de Chantal, que á fin de establecer el nuevo Orden sobre las bases sólidas, creia absolutamente necesario mandar la clausura, y obligar á las religiosas á que sus votos fuesen solemnes; en una palabra, que erigiesen su congregacion en título de religion, y les ofreció para ello su crédito y diligencias cerca del Papa.

Por deferencia que tuviese el santo hácia el dictamen de otro, y en particular al del Cardenal, no pudo en el principio aprobar la proposicion que se le hacia; la visita de los enfermos y afligidos, el consuelo de los pobres, y las obras exteriores de caridad le parecieron tan esenciales al Orden de la Visitacion, que creyó, que era perderlo, el quitar á sus hijas la libertad de practicarlas, mandándoles guardar la clausura. Asi se lo escribió al Cardenal poniendo en su conocimiento espresamente, que al establecer el Orden de la Visitacion, habia tenido presentes las dos formas de vida tan distintas, la una sobre el modelo de Marta, dedicada únicamente al servicio del prójimo, y la otra á ejemplo de María, no empleada en otra cosa que en el sosiego y la contemplacion; que su intento habia sido unirlas en

una proporcion tan justa, que se ayudasen mutuamente en lugar de destruirse, que la una sostuviese á la otra, y que aquellas religiosas, al trabajar en su propia santificacion, procurasen al mismo tiempo el alivio y salvacion del prójimo; que se veia palpablemente, que encerrándolas, se destruia una parte esencial del Instituto; que se reducía á las religiosas á la vida contemplativa; que se privaba al prójimo de sus socorros y de sus buenos ejemplos, y á ellas de la práctica de unas obras de caridad tan recomendadas en el Evangelio; que en vista de todo esto le suplicaba, que tuviese á bien que siguiesen las cosas en el estado en que se hallaban.

Habiendo recibido el Cardenal esta respuesta, creyó que adelantaria mas en una conferencia con el santo Prelado, que con todas las cartas que pudiera escribirle. En este concepto fué á verle á Annecy; tuvieron ambos varias conversaciones sobre el particular, terciando en ellas muchas veces la madre de Chantal. Por fin se rindió el santo, y consintió en que la congregacion de la Visitacion tomase el titulo de religion. En consecuencia de esta resolucion, juzgó el Cardenal que debia elegir una de las reglas aprobadas por la Iglesia, y componer unas constituciones, que el Orden de la Visitacion se empeñaria á seguir exactamente, y en las que se arreglarían todas las cosas hasta las menores prácticas; y se encargó de obtener la aprobacion de la santa Sede.

En cuanto partió el Cardenal, se puso el santo Obispo á trabajar en las constituciones de la Orden. Escogió la regla de San Agustin, como la mas dulce y mas acomodada á sus intentos. Teniendo que componer en seguida las reglas particulares del nuevo Instituto, encomendó á Dios por mucho tiempo este negocio, é hizo que se lo encomendasen todas las personas piadosas, que conocia. Por iluminado que estuviese en la vida espiritual y religiosa, no quiso seguir sus propias luces; juntó las constituciones de diferentes Ordenes religiosas con inten-

cion de sacar de todas ellas lo que pudiese convenir á su designio. Pero se arregló particularmente sobre las de los padres de la compañía de Jesus. Admiraba el plan de ellas, el orden, equidad, prudencia y prevision admirable, que no habia permitido á su santo fundador el omitir la menor cosa, que pudiese contribuir á mantener la piedad en una Religion destinada á tantos empleos diferentes, y siempre ocupada de la salvacion del prójimo. Habiendo pues leído y examinado con mucha atencion todas aquellas diferentes constituciones, arregló las suyas, y empezó el plan, proponiendo por fin á las religiosas de la Visitacion, no solamente el trabajar en su propia santificacion, sino tambien en la de todas las personas de su sexo, que no se admitian en las demas religiones.

La razon que dá para esto, es que muchas mugeres inspiradas de Dios aspiran muy á menudo á la vida religiosa, de la que sin embargo son escluidas, ó porque son ya de bastante edad, ó porque son achacosas, ó finalmente porque la debilidad de su temperamento, ó lo delicado de su complexion, no las permite soportar los ayunos, abstinencias y demas mortificaciones, que estan en uso en las otras Ordenes religiosas; que sucede con esto, que aquellas personas aunque llenas de desprecio hácia el mundo, y de valor para abandonarle, y aunque muy propias para la vida interior, se ven obligadas á vivir en la confusion del siglo, muy en perjuicio de su salvacion, faltas de encontrar casas religiosas que las reciban, y en las que puedan practicar la regla; y que esta es la razon, porque ha fundado el Orden de la Visitacion.

En consecuencia de este fin, que se ha propuesto, manda que puedan recibirse en él las viudas, lo mismo que las solteras, con tal que esten descargadas legitimamente de sus hijos, si los tienen, y que hayan arreglado tambien sus negocios, que no haya motivo de te-

mer que sean turbadas en su retiro; que se tomará sobre esto el parecer de su padre espiritual, y el de otras personas prudentes, para evitar las quejas y murmuraciones de las personas del siglo, siempre dispuestas á censurar lo que no tienen valor para imitar.

Que siguiendo el mismo principio, puedan tambien recibirse, las que á causa de algun defecto ó enfermedad corporal no pueden entrar en los demas conventos, con tal que estos defectos sean recompensados por una buena y sana intencion, por una gran vocacion y deseo de pertenecer á Dios esclusivamente, y por unas grandes disposiciones para practicar toda su vida una profunda humildad, la sencillez evangélica, la obediencia, dulzura y demas virtudes cristianas, que no dependen sino del corazon y del espíritu. Esceptúa con todo eso de esta admision de achacosas, á las que padezcan enfermedades contagiosas, como es la lepra, ú otras que se pegan, ó á las que tuviesen enfermedades tan agudas y continuas, que por buena voluntad que tuviesen, fuesen absolutamente incapaces de practicar la regla, y demas ejercicios señalados en las constituciones. Por lo que respecta á las que hayan adquirido semejantes achaques despues de su profesion, quiere el santo Prelado, que no se cansen de servir las, que se tengan con ellas todas las consideraciones compatibles con la regla, y una caridad á toda prueba, y que nada sea capaz de entibiar.

Quiere ademas, que se ponga tanta menos dificultad en recibir las personas ancianas y achacosas, quanto que el primitivo Instituto de la Visitacion era servir á los pobres y enfermos, y que asi debian tenerse por dichas en poder practicar dentro de sus casas una caridad, que la clausura no les permitia ejercer fuera de ellas.

Pero en razon á que sino se recibian mas que personas ancianas y achacosas, no habria quien pudiese servir las, quiere tambien que se reciban solteras jóvenes,

sanas y robustas, á fin de que en tanto que las unas tienen el mérito de la paciencia, tengan las otras el de la caridad.

Añade, que las casas de la Visitacion compuestas de este modo de sanas y enfermas, representarán perfectamente el festin nupcial del celestial esposo, al que no solamente fueron convidados los que estaban buenos, sino tambien los enfermos, los ciegos y los cojos. En virtud de esta disposicion tan terminante, mandada por el santo Prelado, las viudas, las ancianas y achacosas, jamas han sido escluidas de las casas del Orden de la Visitacion. Se halla tambien en su año santo un epítome de las vidas de varias religiosas, que habiendo sido recibidas con muchos achaques, y aun con grandes defectos, han seguido una vida ejemplar y hecho una santa muerte.

Quiere en seguida, que todo el mundo sepa, que en el Orden de la Visitacion se cuentan por nada las ventajas del nacimiento, del espíritu y de los talentos, que no van acompañadas de la humildad, y que para que una religiosa sea considerada, es preciso que sea pequeña á sus propios ojos, y que quiera serlo aun mas á los de los otros; desea que se prefiera una muger pobre, dulce y humilde á la hija de un Rey que no tuviese estas cualidades; y la razon que dá para esto, es que una sociedad religiosa recibe siempre de esta clase de personas, ó mucha gloria, ó mucha confusion, segun lo bien ó mal llamados que han sido al estado religioso. Hasta ahora el Orden de la Visitacion no ha recibido de ellas sino mucho brillo. Se han visto, y aun se ven en el dia, Princesas y personas de la primera gerarquía con respecto á la cuna, que no se distinguen de las demas, sino por su dulzura, humildad y paciencia, y por la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas. Prueba infalible de las gracias y bendiciones, que no se causa Dios de echar sobre este santo Orden. Habien-

do ya establecido el fin, que debian proponerse las que entrasen en él, pensó el santo Prelado en los medios que eran necesarios para conseguirlo.

En este concepto, quiere, que las religiosas de la Visitacion tengan rentas y las posean en comun, á fin de que tengan por una parte con que atender al alivio de las enfermas, y que por otra no se distraigan en la vida interior con los cuidados que siguen siempre á la falta de las cosas necesarias á la vida. Pero quiere al mismo tiempo, que la pobreza sea tan perfecta en particular, que las hermanas no posean cosa alguna en propiedad, ni aun en cuanto al uso; manda al efecto que cambien todos los años de cuartos, de camas, cruces, rosarios y libros, y en general de todo lo que puede servir á los diferentes usos de la vida. Esceptúa de este cambio los cuartos, si la superiora y el médico no lo juzgan conveniente por razon de salud. Prohíbe absolutamente el uso de la bajilla de plata, permitiendo únicamente las cucharas de este metal, por razon de limpieza, y lo necesario al servicio del altar.

Con referencia al mismo fin, dispensa á las religiosas de las mortificaciones corporales á excepcion de las que estan permitidas por las constituciones, que son en corto número, y quiere, que las superiores esten atentas á no sufrir que bajo pretesto de un celo mal entendido se haga variacion sobre este particular; pero al mismo tiempo en cuanto á los ejercicios de piedad, que no dependen sino del espíritu y del corazon, lleva las cosas al mas alto grado de perfeccion.

Las exime tambien del rezo del oficio mayor, reduciéndolo únicamente al del oficio parvo de Nuestra Señora. Dá muchas razones para ello, que seria largo referir. Baste con decir, que la santa Sede las ha aprobado, al concederle tal dispensa, y que las meditaciones, lecturas santas, recogimientos y retiros, recompensan con ventaja este defecto, dado caso que lo fuera.

Manda en seguida la clausura y los votos solemnes, y toma tantas precauciones, á fin de que su práctica sea exacta, fervorosa y continua, que no pueden admirarse suficientemente su prudencia, piedad y previsión. Arregla los ejercicios, y empleo del tiempo hasta en las menores cosas, temeroso de que bajo pretexto de omisión ó de interpretación se introduzcan novedades. Declara estas siempre por sospechosas, sea en materia de doctrina, sea en cuanto á las prácticas, y aun también bajo pretexto de mayor perfección, quiere que sean desterradas para siempre de la Orden: que las superiores velen cuidadosamente en impedir su nacimiento y progresos; que se eviten las singularidades, y que todas se atengan á las reglas y costumbres recibidas.

Arregla el hábito, tal como lo llevan en el dia las religiosas, los aposentos, el alimento, y todo lo demas en conformidad con el hábito, es decir, segun las leyes de la decencia y de la pobreza.

Ademas de los Estatutos, que acaban de referirse, hizo otros varios concernientes al modo de manejar los asuntos domésticos, hacer las elecciones, formar las novicias, examinar las pretendientes, imponer penitencias, corregir las faltas y otras cosas, que seria largo contar, y cuya narracion no conviene á la brevedad de la historia.

Habiéndose arreglado todas las cosas del modo que se ha dicho, faltaba únicamente un punto, pero de los mas importantes; tratábase de saber, si se daría un gefe, es decir una superiora ó superior general al Orden de la Visitacion, ó si se sometería á la jurisdiccion de los Obispos y Ordinarios de los pueblos. Este negocio estuvo mucho tiempo en deliberacion, y habia tan fuertes razones por una y otra parte, que tardó mucho en decidirse.

Decíase en favor de la primera idea, que unos monasterios situados en tantas ciudades, provincias y rei-

nos diferentes, no podian tener entre si una verdadera union, y que fuese duradera, sino dependian todos de un solo gefe: que todos los cuerpos políticos, eclesiásticos y religiosos no habian creído poder unir de otro modo los diferentes miembros de que se componian: que las monarquías tenian un Rey, las repúblicas un Magistrado supremo, las Diócesis un Obispo, las Ordenes religiosas un General, la Iglesia un Papa, que era su cabeza visible, y el mundo todo un solo Dios, que todo lo habia hecho, de quien todo dependia y á quien todo debia referirse: que todas las cosas en el orden natural, político y moral, se reducian de esta suerte á la unidad; y que hasta entonces no se habia hallado otro medio de unir las cosas, que eran independientes por sí mismas: que el someter á los Ordinarios de los pueblos los monasterios de la Visitacion, era hacer otros tantos cuerpos diferentes, que jamas compondrian un mismo cuerpo entre sí á no estar unidos á un mismo gefe: que sin esto no duraria la union sino en tanto que quisiesen, y que aun así era muy difícil que durase por mucho tiempo.

Se añadía, que hasta entonces ningun legislador habia hablado con tal claridad, que sus leyes no hubiesen necesitado de aclaracion ó de interpretacion: que como no era posible preveerlo todo, no habia habido cuerpo, que no se hubiese visto precisado á hacer de cuando en cuando nuevos reglamentos, ó dispensado en los antiguos, y se preguntaba, quien podria hacer todas estas cosas en un Orden, cuyos monasterios fuesen independientes unos de otros, y no reconociesen todos una misma cabeza.

Decíase ademas, que el buen orden, la paz de las casas, la disciplina regular, y razones de salud exijian muchas veces, que se obligase á las religiosas á mudar de monasterios, que sucederia también infaliblemente que no hubiese en una casa persona capaz de gobernar,